

Gonzalo Portocarrero / VIDA FECUNDA

Historiador, periodista, maestro. Fallecido a los 40 años. Autor de siete textos fundamentales para la comprensión de nuestro país. Vivió de prisa, con pasión, derrochando vida. En desigual batalla contra el tiempo y lo sórdido de este mundo.

Llamaba la atención en Tito la libertad de pensamiento y el optimismo, fundamentos ambos de su creatividad, de su ver más lejos y mejor. En un momento en que el ejercicio intelectual tiende a convertirse en prédica del desencanto, versión moderna de la extirpación de idolatrías, Tito representa la afirmación intransigente de la posibilidad. "La terca apuesta por el sí" como él dijera de Basadre. Fue su único dogmatismo. En vez de convocar al temor y la resignación para reconciliarnos con lo mediocre, Tito apelaba a la imaginación y al deseo de ser felices y para no quedarnos quietos, atrás; para seguir ese camino al que nuestra fuerza nos impulsa. Estar siempre en marcha: más que un consejo, una exigencia; el primer mandamiento del amor a la vida. Y es que el pesimismo se agota en la negación. No trasciende porque no afirma. Se queda y desfallece. Pero finalmente con la tristeza y la amargura la vida se venga por haber sido despreciada.

Tito se propuso formular un horizonte utópico para nuestro país. La imaginación al servicio de la moral y la vida. Los materiales para tal empresa no podían ser otros que las esperanzas de los pobres, el sufrimiento de los marginados, la humanidad de los favorecidos. Tito pensaba que el cambio radical sólo es posible si logramos crear una imagen lo suficientemente seductora de nosotros mismos. Posible y hermosa, que despierte energías y entusiasmos, las ganas de agradecer el hecho de estar vivos. Todo ello pasa por la identificación con el oprimido.

Compenetrarnos con él. Sentir su dolor. Reconocerlo en nosotros mismos. Pero no hundirnos: hablar desde la esperanza, desde una promesa de felicidad.

La cercanía al derrotado es la distancia con el dominador. Para Tito ello implicaba el repudio de la complacencia y, en mucho, la renuncia al éxito. Pero, a cambio, la preservación de la sensibilidad y de la capacidad de indignarse. Presionado, como señala Eduardo Cáceres, por una extrema necesidad de coherencia. Tito sentía desgarradamente la contradicción entre sus triunfos personales, cada vez más contundentes, y su compromiso con los débiles. Si el éxito y los halagos lo atraían e invitaban a la integración, la simpatía por los pobres era la fuente de su pertinencia, el sentido de su vida, la base de su creatividad. Vivió en la autenticidad la única manera de proteger su talento y fuerza moral. No quiso ser un domesticado y se sometió a autocríticas devastadoras. De allí la austeridad y la sencillez que siempre lo caracterizaron. No se envaneció y su trato cotidiano fue siempre afable y cercano. Respeto y cariño. Preocupación por el otro. Salir en su búsqueda. Tito se prodigaba en clases, conferencias, mesas redondas y asesorías. En los otros no percibía competidores o enemigos. Su tendencia era asumirlos como colaboradores, partícipes en una aventura en la que todos ganaríamos. Sin envidias ni recelos.

No resulta sencillo explicar la calidad y extensión de su obra. Sus escritos, sus discípulos, su influencia. Todo ello logrado en unos 20 años. Esfuerzo, pasión, proyecto. Metas definidas: un itinerario transparente. En la base de todo talento, en el desarrollo, esfuerzo y en la dirección convencimiento moral. La fórmula funcionaba con fluidez y Tito nos asombraba con un escrito tras otro. Todos de calidad. Sin concesiones a la mediocridad o al

oportunismo. Redactados, como lo ha señalado Marco Martos, en una prosa ágil, nerviosa, concentrada. Siempre clara y directa. Huyendo del lugar común no paraba hasta encontrar lo que realmente quería decir. Desarrollar sus intuiciones en vez de sepultarlas en una retórica fangosa, eso se lo permitió su talento expresivo, también la fuerza de sus convicciones.

Siguiendo a Mariátegui y Arguedas, Tito encontró en lo andino la posible clave que podría permitir al Perú, una nación tan nueva, cimentarse sobre una historia tan vieja, sin abjurar así de su originalidad histórica, rescatando la tradición como elemento fundante de la identidad nacional en ciernes. Está abierta para el Perú entonces la posibilidad de no ser un "suburbio norteamericano". En vez de la copia, el servilismo y la baja autoestima; la originalidad, el orgullo, la creatividad. Para Tito todo depende de la manera como sea procesado el legado andino. La deculturación y el aplanamiento son posibles. Pero la tradición es una fuerza viva que cambia y se recrea. Si no despreciamos nuestro pasado, si no le damos la espalda, si en vez de ocultarnos nos llegamos a querer, entonces habremos liberado el potencial creativo de la tradición.

Más todavía, si somos capaces de articular la tradición con el socialismo, el pasado con el futuro, los más nobles ideales de la humanidad con una herencia cultural producto de milenios, la revolución puede ser el momento donde ambos se encuentren. En contra de aquellos que identifican la revolución con el frenesí del odio y la violencia, con la pura destrucción; para Tito ella era sobre todo el irrumpir de lo extraordinario en lo cotidiano, la emergencia de la posibilidad. Tito gustaba referirse a la Cataluña que Orwell vio a principios de la guerra civil. Las diferencias sociales se derrumban y la gente fraterniza en las calles. Los bur-

gueses se visten de obreros y la vida cotidiana, la rutina, ya no aparece como una cárcel sino como hábitos modificables a voluntad. A Orwell tanto le entusiasmó este ambiente que para defenderlo arriesgó su vida. Se incorporó a las brigadas internacionales.

Más allá de las ideas Tito valoraba a los seres humanos. Supo preservar los afectos, mantenerlos vivos pese a las diferencias políticas. Cultivaba la tolerancia siempre y cuando estuviera seguro de la buena voluntad de su interlocutor. Pero si estaba persuadido de su inconsistencia moral sabía ser intransigente y agresivo. No perdonaba el arribismo y la inautenticidad, bases existenciales del juicio superficial y estereotipado. Valoraba la pasión y la creatividad. Creía en la solidaridad, pensaba que en un "tiempo de plagas" los hombres somos capaces de descubrir en nosotros virtudes insospechadas. Los hechos ratificaron sus intuiciones. Cuando cayó enfermo se generó una corriente de solidaridad para con él. Los amigos nos disputamos por amarlo y quererlo. Estuvo conmovido. De ahí la bella dedicatoria que antepusiera a la selección de textos de Mariátegui: "A los amigos, la vida y la amistad: agradecido".

Con la muerte de Alberto Flores Galindo desaparece el capitán de nuestra generación. Su más lúcido representante, su más dedicado organizador. Pero también su crítico más agudo y despiadado. En un momento como el actual, cuando los valores socialistas parecen desaparecer de la faz de la tierra, cuando el pragmatismo y la falta de ideales aparecen como de buen tono, su lucha intransigente contra la mediocridad, su fuerza moral, resultan ejemplares, testimonio de que la vida merece ser vivida si estamos dispuestos a hacerlo con plenitud, sin caer en esas trampas melancólicas en las que nos encerramos so pretexto de protegernos.